

los relatos de calibre   38



EL TERROR

© José Luis Muñoz

Te llamas Ibrahim Hussein Abdalá. Naciste en Tikrit, Irak, el 26 de mayo de 1972, de padre Muftar Abdalá, curtidor retirado, y no conociste a tu madre que murió en el parto. El menor de seis hermanos a los que hace años perdiste de vista, que no sabes si viven o bien murieron en esa guerra tan inútil como devastadora que ya nadie es capaz de parar en la que todos luchan contra todos y se siembra la destrucción cada día. Eres suní, aunque nunca apoyaste al sátrapa de Saddam Hussein al que sí apoyaron, en otros tiempos, cuando tenía todos los dientes y conservaba intactas las zarpas, los que han invadido tu país. ¿Por qué no lo hicieron, entonces, te preguntaste, por qué no cuando el tirano era más feroz y más muerte y destrucción causaba? Eso es la política, cuyos tiempos no son los mismos que los tuyos, los del hombre de la calle, los de los jóvenes con esperanza de los que tú eres ejemplo. Esos mascadores de chicle, esos adolescentes con la cara cubierta de granos que escuchan heavy metal mientras aprietan el gatillo, aislados debajo de su casco, con sus gafas de visión

nocturna, el ejército más poderoso del planeta, que echan abajo a patadas las puertas de las casas, creían que iban a ser recibidos como héroes con flores y besos de muchachas subidos a sus carros y son matarifes asustados hasta por la piedra de un niño. Pero tú hasta eres prudente, hasta hiciste oídos sordos cuando tus amigos, enardecidos por el Imán Muftala Al Saddam vinieron a por ti, aporrearon tu puerta, te conminaron que les siguieras a la guerra santa contra los cruzados blasfemos que profanan la tierra de Alá. Porque tú, Ibrahim Hussein Abdalá, no eres fanático, ni muy religioso, y te gusta la bebida alcohólica, la buena cerveza inglesa, y hasta las mujeres y, aunque eso sea mejor ocultarlo en los absurdos tiempos que te ha tocado vivir, te educaste en Estados Unidos, con la élite, en Georgetown, gracias a una beca y a que, por entonces, el tirano era amigo del Gran Satán. Pero entiendes que amigos de tu infancia, como Ali Khomeiní, con el que jugabas en las calles de Bagdad, tragando el polvo, con el que mirabas a las chicas tratando de averiguar lo que ocultaban sus vestidos, con el que mirabas esas películas que llegaban de Occidente, del país que precisamente te ha invadido y ha generado tanto odio y dolor, y te extasiabas con esos cuerpos medio desnudos y turgentes de las mujeres que se metían en el mar, que hacían el amor con la misma naturalidad con que tú mirabas a las chicas de tu barrio tratando de adivinar las formas que ocultaban sus burdos vestidos, se alistaran en el ejército santo

del profeta y siguieran los dictados de Ossama Bin Laden, el guía, el líder, el que ha doblegado al Gran Satán y derribó sus columnas.

Alí Khameiní te ofrece la oportunidad de ser mártir, de entrar en el paraíso y gozar de cien mil vírgenes con sólo rodear tu cintura con explosivos y hacerte estallar en un mercado atiborrado de chiitas en el feudo de Al Sader, y tú la rechazas, ante la mirada ceñuda del pequeño compañero de juegos convertido ahora en visir de Al Qaeda del barrio, en censor de las costumbres, y le dices, para no soliviantarle, porque de pronto temes a tu amigo, has visto en su mirada un gesto de amenaza, que no estás preparado para el martirio, utilizando ese idioma religioso que a ti, que estás acostumbrado a la cerveza Guinness y a las bellas mujeres del prostíbulo que ya no ejercen por miedo a las represalias de los hombres puros, te es tan extraño, te resulta tan fuera de lugar. Y le dices que, cuando estés preparado para el martirio, se lo harás saber, pero que entonces preferirás ser hombre bomba no contra tus hermanos sino contra esos invasores blasfemos que se pasean con arrogancia por las calles de tus ciudades subidos en sus Humbert.

Duermes en tu cama, Ibrahim Hussein Abdalá, plácidamente, porque ya has integrado en tus sueños el ruido de las explosiones nocturnas, el tableteo de las ametralladores de los que se han erigido en vuestros salvadores y han arruinado tu país,

los alaridos de quiénes son secuestrados y luego degollados por las células de Al Qaeda, porque te has habituado, desde hace más de un año, a convivir con el terror cotidiano, porque el terror ya forma parte de tu vida desde que empezó una guerra que nadie vence ni nadie pierde, que dura hasta lo indecible y hace que vivas en el permanente infierno. Duermes cansado de no hacer nada, de vagar por las calles y los comercios en donde la gente nada compra ya, porque nada hay, como los millones de desempleados que esta nueva época ha traído a tu país de manos de los salvadores que Alá condene eternamente, y de nada te sirve tu formación o saber inglés como no sea para ser lacayo del invasor, algo que tú nunca serás, por convicción y por miedo, porque sabes cómo terminó Suleiman Al Jafaret cuando alguien lo vio hablar con unos soldados americanos, degollado y torturado, descuartizado y esparcidos sus trozos por las cuatro esquinas del barrio, como aviso y escarmiento.

Duermes, por cansancio. Sueñas un país próspero, en paz, con el Tigris bajando limpio de cadáveres, con una dulce muchacha que comparte tu cama y te sacia cada noche el deseo que alimentas por las mañanas, con una casa por cuya tapia asoman las palmeras cargadas de dátiles. Y del sueño profundo te despierta el ruido de la puerta de la entrada que se astilla, que vuela fuera de los goznes, el pisoteo de botas militares por la escalera que sube a tu dormitorio, el grito ahogado de tu padre, de tu anciano padre, que

es silenciado, para siempre, con una detonación seca de un arma de fuego, de una pistola, y una linterna te enfoca la cara, sin dejarte ver, mientras dos hombres fornidos que mascullan amenazas en tu idioma te sacan arrastras de la cama, te ponen una capucha en la cabeza y te ciñen unas esposas en las muñecas sin que nada puedas hacer por evitarlo, ni siquiera proferir un grito.

No sabes quiénes son, Ibrahim Hussein Abdalá, si actúan bajo las órdenes de Al Qaeda o bien son miembros de la policía de los esbirros colaboradores de Bush, si son chiitas, miembros de un escuadrón de la muerte, que van a ejecutarte por el hecho de ser sunita, o si son agentes de la coalición, o si son simples delincuentes que te van a vender a cualquiera de los bandos. No sabes nada mientras, a ciegas, a empellones, bajas las escaleras de tu casa, pasas por delante del cadáver de tu padre, al que rozas con el pie, cuya sangre pisas — no olvidarás su sensación viscosa, lo resbaladiza que es — y, ya en la calle, eres introducido en un coche que parte a todo gas contigo dentro.

El camino es largo. Ignoras cuándo van a matarte o cómo, porque casi importa más el cómo que el cuándo. Si lo harán de un pistolazo o bien te degollarán siguiendo la tradición islámica del sacrificio, mirando el verdugo a La Meca mientras rasga tu cuello y tu sangre riega su rostro, si antes de ejecutarte te van a torturar, cómo suelen hacer, y harán de tu cuerpo filetes de carne. Vuelas dentro de ese coche que te conduce por carreteras llenas de tráfico

— oyes a los otros vehículos, los bocinazos, hueles la gasolina, las imprecaciones que se dirigen los conductores entre sí — y confías, ingenuamente, que un control de esos chicos a los que detestas, los adolescentes con la cara llena de granos, los mascadores de chicle drogados con heavy metal que se masturban todas las noches con fotos de chicas desnudas, detenga el vehículo con una ráfaga de ametralladora y te liberen.

Es un largo viaje a no se sabe adónde, a oscuras, encapuchado, con las esposas mordiendo tu carne y el aliento acre de tus guardianes que fuman cigarrillos con los que temes vayan a lacerarte la piel. Piensas en muchas cosas durante ese trayecto a ciegas, a oscuras, encajonado entre los dos hombres amenazadores que te han secuestrado, y todo lo que imaginas es tétrico, terrible.

— ¿Te llamas Alí Benamar?

Niegas con la cabeza. No, tú no eres ese tal Alí Benamar. Se han equivocado de persona, aunque eso poco importa, se equivocan todos los días y las cunetas de las afueras de Bagdad están llenas de secuestrados erróneos con un tiro en la nuca.

—Soy Ibrahim Hussein Abdalá — protestas—. Es un error, hermanos. Nada he hecho.- y te guardas, por prudencia, de denostar a los occidentales que han invadido tu país, a los enloquecidos sanguinarios de Al Qaeda, a los chiitas vengativos, a

los sunitas luchadores de la resistencia, porque no sabes en manos de quién estás.

—Nosotros no somos hermanos de los hijo de putas de Al Qaeda.

—Yo odio a los hijo de putas de Al Qaeda. ¡Qué Alá los confunda!

— ¡Mentiroso gusano!

Uno, el guardián de la derecha, el que tiene peor aliento, el que fuma el cigarrillo más apestoso, te aprieta con fuerza el cuello, con una mano enorme, capaz de estrangularte, mientras con la otra mano te da golpes en el pecho, hasta cuatro, muy seguidos, que te hacen perder la respiración, toser, tensarte, curvarte, gemir de dolor.

— ¡Mátalo!

El frío contacto del cañón de una pistola en la sien. El dedo apretando el gatillo. El sonido del percutor golpeando la cámara vacía. La risotada que precede a tu desmayo, por el dolor, por el miedo. Quieres morirte, Ibrahim Hussein Abdalá. Has mojado el pantalón.

Y allí estás, sin saber cuánto tiempo llevas, si son horas, días, pero sigues con la capucha, aunque no haga falta, porque el cuarto es oscuro, no tiene luz, y tú no te puedes mover, estás atado de pies y manos a las patas de esa mesa, están tus brazos y piernas

rígidas, está tu cuerpo desnudo y frío que te duele en cada uno de sus músculos encima de esa tabla por la que a buen seguro habrán pasado otros cuerpos para ser martirizados, que guarda la sangre, los alaridos de dolor, la piel desprendida de los torturados, y sientes, ahora que te despiertas, la sensación de la carne golpeada con saña con puños y varas, los cortes de las hojillas de afeitar en la piel del vientre, los tajos de un cuchillo en los tobillos, de los que todavía sigue manando la sangre que gotea al suelo. Recuerdas. Recuerdas que alguien te preguntó por tu nombre y tú, al decir el tuyo, Ibrahim Hussein Abdalá, provocaste la cólera del verdugo que se ensañó con más golpes, tantos y tan mal dados que te hicieron perder el sentido hasta ahora, que te has despertado, con un ligero balanceo, con el estomago revuelto que vomita bilis sobre tu pecho sudado y sucio, mientras sigue ese balanceo y un rugido continuo y lejano.

No estás solo. Alguien enciende la luz. Ese alguien, que huele bien, que está aseado, te quita la capucha y la luz cegadora te nubla la vista, durante unos instantes, hasta que parpadeas lo suficientes para poder enfocar a tu nuevo verdugo y verle la cara. Suspiras. No estás en manos de Al Qaeda, ni de un escuadrón de la muerte chiita, sino de la coalición, porque el individuo alto, delgado, rubio, impávido, que te observa, es un americano o un inglés, aunque no vista uniforme, aunque vaya vestido con una camisa negra y unos vaqueros gastados.

—A ver, chico — dice en un iraquí forzado, aprendido al otro lado del mar, de mano de los iraquíes del exilio que mintieron con las armas de destrucción masiva —. Un par de nombres de los de tu célula y te alivio la situación.

—Señor — le dices, sin poderte mover, sin poderle mirar —. Están en un error. Yo soy Ibrahim Hussein Abdalá. Joven estudiante y desocupado. Nunca me metí en líos.

—Eres duro, chico. Pero nosotros lo somos mucho más, y no tenemos prisa. Morir no es lo peor que te pueda pasar.

Te estremeces cuando escuchas esa frase. ¿Qué hay peor que la muerte?, piensas. Ves algo metálico, que te deslumbra, que no sabes lo que es hasta que el americano, sin previo aviso, lo aplica en tu pie, en uno de tus dedos, en una de tus uñas, y la arranca de cuajo, arrastrando la carne, haciendo brotar la sangre, provocando tu alarido desgarrador.

— ¿Aun te niegas a ser quién eres?

Mueves la cabeza sobrecogido por ese dolor que nadie resiste, y otra uña se desprende de tu pie, con su carne, y otra, y otra, hasta que te desvaneces, o mueres de dolor, porque eso crees cuando tu corazón, incapaz de soportar el tormento, late de forma enloquecida golpeando tus costillas, que mueres ya, de una vez, y entonces lamentas no haberlo hecho con un cinturón de explosivos, en medio de tus verdugos.

Abres los ojos y sigues en la cama, y te duele todo, los brazos y las piernas por la forzada posición, atados a las patas de la mesa, los pies desprovisto de uñas, llagados, sobre los que se posan las moscas que te picotean la carne en vivo, que dejan sus larvas que infectarán las heridas y seguramente provocarán que nunca más andes, que seas un tullido de por vida si es que sales de aquí. Y se abre la luz para dar paso a tu nuevo verdugo, un tipo grueso y cuadrado, de aspecto bonachón, con barba descuidada y poco pelo en la cabeza, que se sienta a horcajadas en una silla y te mira mascullando algo en inglés.

— ¡Dios santo, muchacho! ¡Cómo te han dejado!

—Señor —balbuceas, con la boca llena de sangre, sangre que sube de tu estómago hasta la boca, como un vómito—. No soy quién creen. Me llamo Ibrahim Hussein Abdalá.

—Acabaríamos antes, chico, si dices la verdad y sueltas un par de nombres. Es fácil. Dos nombres. Yo, desde luego, no iba a guardar silencio. No sirve de nada callar. Los jefes quieren nombres.

— ¿Quiere que me los invente?

—Quiero esos dos nombres para aplastarlos, quiero a esos dos terroristas, muchacho, para conducirlos directamente al paraíso.

—Alí Khameiní — dices, finalmente, rendido—. Él es de Al

Qaeda.

—No me sirve, chico. Lo tenemos.

—Alí Khameiní— insistes.

Y entonces el apacible hombre, furioso por tu insistencia en repetir el nombre del terrorista, esgrime unas tenazas, las acerca a tu pecho, pellizca con ellas unos de tus pezones, lo arranca de cuajo, y tú te mueres de dolor, entre alaridos, te mueres, sin poder moverte, sangrando, llorando, hasta perder el sentido, con todo el pecho anegado en sangre, con la mirada congelada fija en ese hombre con aspecto de buena persona que no pestañea ni un instante por la tortura que te inflige.

—No me gusta hacer esto — oyes que te dice, antes de que se borre, él, las paredes de tu celda, el sordo rumor constante que ya has interiorizado.

De nuevo ese balanceo que te despierta. Y un cuerpo que ya no es tuyo, que ya no sientes, por fortuna, que es como la carne de las bestias que pende de los garfios de esos mercados llenos de moscas que abundan en tu país antaño próspero y ahora destruido. Y luz en la habitación que te hace abrir los ojos para que puedas ver la cabeza que hay a tu lado, el sangrante trofeo separado de su cuerpo con una sierra mecánica, la cabeza pálida y sin expresión de Alí Khameiní, el muchacho que quería ver las piernas de las chicas cuando tú también las mirabas y que debe de estar ya en el

Paraíso gozando de sus vírgenes, y sientes esa mirada muerta, de esos ojos desorbitados y grandes que expresan el terror de una muerte lenta, y oyes el alarido que ha salido, no se sabe cuándo, de esa boca desencajada a la que un verdugo, antes de separar cabeza de tronco, ha arrancado uno por uno sus dientes. No, no puedes gritar, no tienes fuerzas para ello.

Cierras los ojos, para no verlo, para creer que nada de eso existe sino en tu dislocada cabeza, que te volviste loco y esas son las pesadillas que por las noches te dejan insomne. Y cuando abres de nuevo los ojos ya no está la cabeza, alguien la cogió por sus cabellos y se llevó de la mesa ese trofeo sangriento, pero persiste ese olor a muerte, es rastro de la cadaverina que ha dejado tras de sí.

El tipo gordo, de nuevo, el verdugo de aspecto bonachón que te arranca a tiras la carne de tu cuerpo sin que le conmuevan tus gritos ni tu sangre. Está sentado, con un cigarrillo entre los dedos, y exhala humo por su enorme boca de labios gruesos, de carpa de río, de esos peces que antaño pescabas en el Eufrates donde ahora sólo hay cadáveres descompuestos.

— ¿Estás casado, chico? ¿No? Pues no sabes la suerte que tienes. A veces me maldigo de haber nacido hombre y no haber nacido mujer, aunque si fuera mujer estaría todo el día follando. Mujeres. De jóvenes te las comes todas, te parecen todas muy agradables, pero luego se convierten en arpías conspiradoras. La

mía, por ejemplo, con la ayuda de su madre, una puta vieja chiflada que va a cagar con la Biblia en la mano. Me están hinchando la cabeza, y los cojones, con que no educo bien a mis hijos, con que no les doy un buen ejemplo de cristiano. ¿Eres buen musulmán, chico?

Mueves la cabeza y te preguntas por qué el verdugo te cuenta todo eso, qué te importa a ti su vida, qué saca él lamentándose ante ti, y lo ves humano, con sus flaquezas, con su familia, con sus problemas cotidianos, aunque todavía no te ha hablado de dinero, de lo que gana haciendo lo que hace.

— ¿Crees que lo que hago está bien pagado? Pues no. O relativamente. Vale, no gasto nada, todo me lo pagan, el dinero está libre de impuestos, pero esta mierda no es agradable, aunque tú seas un hijo de puta que te merezcas lo que te hago y más. ¿Te dolió, chico? Pues no lo hice con saña, lo hice cumpliendo mi deber, muchacho, siendo fiel a mi profesión de interrogador. Eres duro, eso también te lo digo, o quizá sea cierto y no seas el que creíamos que eras. Pero da igual, da absolutamente igual. El protocolo es el mismo para todos los que entran aquí. Y para los que salen. Porque saldrás, muchacho, nadie se quede aquí eternamente.

Es ahora una mujer la que te escruta, observa tu cuerpo desnudo y martirizado. Alguien se ha llevado la cabeza de Alí Khameiní. Quizá sea esa mujer blanca, flaca, pelirroja que mira tu

cuerpo, cuya mano recorre tu sucio pecho, enguantada en látex, para tomar ese flácido pene y tirar de él hasta que profieres un alarido.

—Tienes una polla pequeña para ser árabe — te dice en iraquí —. ¿Tienes ganas de follarme, musulmán de mierda?- y, mientras hace la pregunta, aprieta con mucha más fuerza el pene —. Pues voy a ser yo quién va a follarte, Alí, si no me das dos nombres.

—Soy inocente — dices—. Soy suní, pero laico. Estudié en Georgetown.

— ¿En Georgetown? ¿En serio? Vamos, hombre.

—Sí, señorita. Ciencias políticas.

—Eso no te va a servir de nada — Y te muestra, para que lo veas, un grueso palo engrasado—. ¿Sabes lo que voy a hacer con esto, Alí de Georgetown?

Lo temes, pero no lo dices.

—Lo meteré por tu culo hasta reventarte por dentro. Te follaré con él hasta que te mueras de gusto. ¿Entran en el paraíso los homosexuales?

—Por favor...—suplicas, pero es tarde, porque la lanza te perfora por dentro, lubricada por tus excrementos, y el alarido desgarrador que te estalla en la garganta, lejos de hacer desistir a tu verdugo, la estimula, y sientes como te rompes, sangras, cagas

lo poco que guardan tus intestinos vacíos, sucumbes retorciéndote en largos espasmos que son como cien latigazos propinados a tu cuerpo.

El afable torturador. El gordito de la cara barbada y coronilla calva, que se rasca el cuello mientras te observa fijamente.

—Me parece que te perdemos, muchacho. ¡Mierda! Sin resultado.

— ¿Dónde estoy? — preguntas haciendo un esfuerzo enorme para que las palabras fluyan por tu garganta y el aire consiga abrir esos labios cerrados por la sangre coagulada que se ha formado sobre ellos.

— Ni yo lo sé. Nadie lo sabe, chico. En medio de la nada, literalmente, entre Asia y América. No sé de coordenadas.

Por fin sabes dónde estás. Por fin sabes a qué se debe ese balanceo continuo que te ha acompañado durante dos, tres, cuatro días, una semana. Y tus ojos vidriosos, fijos, atisban, entre los párpados entrecerrados, a un hombre con bata blanca que ausculta tu pecho a la búsqueda de un latido inexistente. Estás en la nada, en medio de ninguna parte, fuera de toda frontera, en donde esos especialistas en el dolor humano pueden operar sobre sus prisioneros con impunidad total porque no han de dar cuentas a nadie sobre lo que hacen a los que no existen. No existes, no has existido desde el primer momento, por la mala fortuna de haber nacido en un país deseado por los hambrientos de petróleo, por no

haber nacido en donde esos que se mofan de ti mientras te martirizan. Por fin te liberan, de brazos y piernas, te levantan de esa mesa que se ha incrustado en tu espalda, que se ha convertido en parte de tu cuerpo, y te llevan en volandas, sobre una camilla, por pasillos tenebrosos que huelen a salitre y tras cuyas paredes se oye el rugido de las máquinas que mueve ese monstruo oxidado de acero sin ninguna bandera ni ley. Por fin recibes una bocanada de aire, de aire marino, de brisa, y oyes el rumor de las olas estrellándose contra el casco del barco que ha sido tu prisión durante esos días interminables, y el viento juega con tu vello rizado del pecho, y seca tu sangre que se transforma en costras que dibujan cada una de las herida de tu cuerpo como tatuajes perpetuos. Por fin inclinan la camilla por encima de la borda y tú caes, vuelas, sobre el aire, junto a la quilla del barco, para hundirte, para siempre, en esa agua alborotada y gorgoteante que te traga al instante. Has alcanzado el paraíso, Ibrahim Hussein Abdalá.

José Luis Muñoz (Salamanca, 1951) es escritor. Su última novela es Lluve sobre La Habana (La Página Ediciones, 2011). El terror forma parte de su libro de relatos La mujer ígnea y otros relatos oscuros (Neverland, 2010).